

PERDIDOS EN NUEVA YORK. EL TEATRO DE PEDRO R. MONGE RAFULS

Perdidos y desquiciados en esa inmensa urbe. Ejército entrañable de hispanos heridos por la universal tragedia de la emigración y el desarraigo. Obligados a expresarse en otra lengua, a olvidarse de sus costumbres aunque “nadie se va del todo”...

No, “nadie se va del todo” (hermoso título de una de las más hermosas tragedias de Pedro Monge Rafuls) y por el contrario –y aquí está la venganza de la historia- se produce un movimiento de retorno con fuerzas reduplicadas hacia lo que fue y con lo que se nació...

Quiero recordar ahora una leve anécdota que me ocurrió en esa Gran Manzana: iba paseando yo por una de sus avenidas, al atardecer de un día otoñal. Acababa de salir de la boca del metro y un muchacho de color me preguntó en **Inglés** si en aquella estación había taquilla. Le contesté en mi casi desconocido inglés que no me había fijado. Al oír mi acento, el muchacho aquel clamó alborozado: ¡hispano, hispano... Yo también soy hispano! y me dio un abrazo... Esa palabra “hispano” resonaba en el fúnebre atardecer neoyorquino como el doblar de una campana en la catedral de Avila. Estuve yo mucho rato diciendo para mí: hispano, hispano, hispano... Me había sorprendido, sí, la palabra, porque aquí en mi tierra, en esta España también desquiciada pocas veces se dice eso, hispanoamericano, sino el terminacho gringo de “latinoamericano”, que nunca he podido digerir...

Bien, esos hispanos de Nueva York iluminan con nuestro común lenguaje todo un mundo. Nunca acabaremos de darnos cuenta de la grandeza del hecho y acaba uno pensando –aunque resulte indecoroso- que los tiranuelos, porque no son más que tiranuelos, que obligaron a nuestros hermanos a emigrar, se van

a encontrar con que han ido sembrando, sin quererlo, de hispanidad las tierras estadounidenses... Porque estos emigrantes de Cuba, de Puerto Rico, de la República Dominicana, de Venezuela, etc... son los auténticos diplomáticos, los verdaderos nuncios de su lengua y de su cultura por encima de los pobres funcionarios de hecho, que al fin y a la postre están uncidos al *system*.

Todo esto viene a cuento tras leer unas cuantas obras de ese apasionado, lúcido y generoso cubano que es Pedro R. Monge Rafuls. Digo generoso también, porque parece no marcarse límite a su abundoso léxico tan hispano, precisamente, tan agresivo y hermoso frente a lo que le rodea, perdido en ese Nueva York, como si utilizara un arma letal, más eficaz, por supuesto, que la del tiranuelo que le quiso expulsar de su tierra.

Quiero hablar sobre uno de los aspectos de la obra de Pedro Monge Rafuls que quizás no sea para él muy importante. Me refiero a la “cubanidad” de su obra. Si hay una obra cubana por esencia es la obra general dramática de este autor. Eso es lo que me produce gran admiración. Y a mí me gustaría también que mis obras tuvieran la españolidad que tiene—en su vertiente cubana—la obra de este dramaturgo. A eso se le llamaría hispanidad de veras, de la acuñada en el duro trabajo y en el puro dolor.

Por supuesto que en la obra del cubano hay muchas otras cualidades y hallazgos que podrían ser comentadas y estudiadas. Pero a mí lo que me interesa ahora es subrayar eso: la cubanidad de estas obras, obras que no podían haber sido escritas sino por un cubano, nacido en Cuba, que piensa en Cuba y que entrega su alma a Cuba. Desmintiendo con su valiente identidad esa constante “internacionalista” que el imperio gringo está imponiendo en el mundo entero. Ese imperativo que quiere

Nadie se va del todo fue publicada en la antología: *TEATRO: 5 autores cubanos* (Nueva York: Editorial Ollantay, 1995), selección y prólogo de Rine Leal.

reducirlo todo a un lenguaje de ordenadores y al que millones de seres desgraciados se entregan con mansedumbre “al pobre yugo atados”, es lo que este cubano combate con ardor, con todas las fuerzas de su cubanidad.

Y tiene todas las de ganar en su lucha. Hay algo en el arte que puede ser definitivo para alcanzar la historia. Cuando un personaje, un dato, alcanza cierta objetividad, lo que define se convierte en historia. Y cuando la obra de arte se convierte en historia se hace inmarcesible. Porque a través de ese personaje se puede rastrear la historia de un tiempo determinado, de toda una época. La verdad histórica está en el arte y no en la política, aunque se crea lo contrario. No es lo mismo escribir la historia que hacerla. La historia se hace así...

Quiero decir que dentro de unos cuantos años, a través de los personajes de Pedro R. Monge Rafuls podrá recrearse, descubrirse todo un pedazo de historia. Historia de emigraciones, de persecuciones, de suicidios, de viajes en balsa hacia la libertad, de esperanza en el retorno, de mantenimiento en el fuego sagrado... como hoy podemos rastrear, a través de los poetas “sufies” de Al Andalus, la tragedia de la emigración en otros tiempos...

Leer las obras de Pedro Monge Rafuls no es sólo, pues, leer teatro y excelente teatro (que por desgracia, ha de estar sometido a la servidumbre de su escenificación), es, como digo, leer historia. La historia de uno de los muchos pueblos –este tan cercano a nosotros, los españoles, tan entrañable... -que le tocó sufrir pacientemente por la peor de las tiranías: la de los débiles. Porque no hay tiranía peor que la del débil. Y me estoy refiriendo a esa especie de “autor sacramental” que el autor titula *Se ruega puntualidad*.

¡Ah, que satisfactorio y estimulante resulta que en estos tiempos de impostura y de oprobio, en estos tiempos sin libertad, saber que en Cuba se escribe tan hermosamente la Historia! Quiere decir que la verdadera Cuba, la Cuba nuestra, vencerá, vencerá y resurgirá espléndida de las ruinas creadas por esos tiranuelos, esos débiles tiranuelos...

José María Rodríguez Méndez

Madrid, noviembre de 1996